

PARA AMÉRICAS MAGAZINE

FAROS EN LA BRUMA -- LAS IGLESIAS DE CHILOÉ, CHILE

Texto y fotografías: Ricardo Carrasco Stuparich

Aunque es la mayor isla de Sudamérica después de Tierra del Fuego, tal vez por lo austral o lo engañosamente arrimada al continente, Chiloé no ha llamado mayormente la atención a los seres del resto del mundo. Sus habitantes, los Chilotes, acostumbrados a un clima lluvioso y tormentoso, pareciera que necesitaran de paz interior para soslayar la soledad isleña. Por ello, al recorrer sus praderas, lomajes y acantilados, comienzan a aparecer como faros entre la bruma numerosas iglesias y capillas, que recientemente la UNESCO ha decidido declarar patrimonio de la humanidad.

Me dirigí hacia la pequeña isla, en el sur de Chile, abordando para Américas este tema que desde ya varios meses iba y venía en forma recurrente por mi mente. Grande fue mi asombro al ver estas iglesias, que una a una iban emergiendo cargadas de la notable maestría que solo puede ser el producto de un trabajo hecho con amor, impulsado por la fe de los artistas que las erigieron.

De las 150 iglesias existentes en el pequeño Archipiélago, el que tan solo tiene 200 kilómetros de largo, 16 fueron declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. El organismo señala que estas iglesias representan un ejemplo único en América Latina de una extraordinaria forma de arquitectura religiosa en madera; de una tradición iniciada por las misiones circulares jesuitas en los siglos XVII y XVIII, continuada y enriquecida por los franciscanos durante el siglo XIX, y que aun permanece. Estas iglesias encarnan la intangible riqueza del Archipiélago de Chiloé y son testigos de la exitosa fusión entre cultura indígena y europea; de la completa integración de la arquitectura con el paisaje y medio ambiente, tanto como con los valores espirituales de sus comunidades.

La mayoría de las iglesias poseen características similares. Frente al templo tienen un gran espacio abierto, la explanada, donde se realizan procesiones, aunque en la actualidad también sirven para ferias o se han levantado plazas, como en el caso de la parroquia de la ciudad de **Castro**. Esta es la primera que fotografí del grupo que UNESCO a decidido seleccionar; por la noche es iluminada meticulosamente para resaltar sus texturas y formas que hermosamente dominan sobre las casas circundantes. Los habitantes de la ciudad la llaman cariñosamente, quizás por su belleza, “la Catedral de Castro”. Sin embargo, a lo largo de su historia no a sido siempre tan apreciada. En 1600 ancla frente a Castro el pirata holandés Baltasar de Cordes, quién, luego de engañar a la población, la ataca e incendia la iglesia. Rápidamente fue reconstruida, solo para volver a ser destruida por otro pirata holandés, Enrique Brouwer, en 1642, quién no solo la incendia, sino que prende fuego a todo el pueblo. Nuevamente erigida en 1657 y destruida por las llamas en 1772, se empieza a usar una antigua iglesia de los jesuitas, la que habría pasado a ser la iglesia matriz. Esta también fue destruida por el fuego en 1902. En 1910, comienza la construcción de la iglesia que disfrutamos hoy.

Al amanecer del día siguiente conduzco relajadamente en un entorno de lomajes suaves y una constante brisa fresca proveniente del Océano Pacífico. Mis cámaras, decenas

de rollos de película y equipos de iluminación en la parte posterior del jeep son mis compañeros de viaje, una vez más. En el continente, recortando el amigable panorama, aparece como una gran cortina la cordillera de los Andes. Después de una breve conducción desde la ciudad de Castro, llego a la iglesia de **Nercón**. En 1627 había en el lugar un villorrio compuesto por nativos pertenecientes a la encomienda de Francisco García de la Torre. Hacia 1734 ya existía una capilla. Camino por un jardín muy bien mantenido y de estilo tradicional, al costado del monumento, un cementerio que se trepa a la colina, desde donde puedo ver la torre, compuesta de dos tambores de forma octogonal, sin cantos --para evadir mejor las ventiscas invernales-- y con un bello capitel recubierto de tejuelas de alerce. El pórtico tiene sus pilares apoyados en basas y cinco arcos con su frontón revestido en tabla. Al interior, la nave central, con una bóveda de arco rebajado. Los pilares que la sostienen son columnas cilíndricas pintadas prolijamente para imitar el mármol. Sus artífices han debido lidiar con la capacidad mecánica y las limitaciones naturales de las maderas nativas para poder imitar arcos, frisos, cornisas y pilares de la arquitectura clásica, que resultan en forma holgada al ser hechas de piedra o en albañilería de ladrillo. Paso horas maravillado y disfrutando esta obra de arte.

Al alba del siguiente día y si no fuese por su torre, una de las más altas de Chiloé, no habría dado con la iglesia de **Vilupulli**, cuyo nombre en mapudungún curiosamente significa “la colina de la serpiente”. Construida a fines del siglo XVIII o a comienzos del XIX, con madera de ciprés y coigüe local, sus cimientos se apoyan, como muchas de sus hermanas, en grandes piedras extraídas de los alrededores. Para acceder al interior es necesario acudir a doña Marcela, quién vive en una casita a los pies del templo. En su interior puedo ver valiosas piezas originales confeccionadas por santeros chilotes en una nave central de bóveda plana. Los pilares que la sostienen son columnas cilíndricas que terminan en arcos de medio punto y rebajados. Los rayos tangentes del amanecer la iluminan mágicamente, otorgándole un aspecto aun más sobrecogedor.

Afortunadamente, todas las iglesias se encuentran unas de otras a muy corta distancia, lo que me permite arribar, viniendo desde Vilupulli, a las siete de la mañana a la iglesia de caleta **Chonchi**. La actividad recién comienza y los primeros rayos de sol que se asoman por la cordillera de los Andes la iluminan tímidamente. Sin embargo, y como si viese un niño enfermo, su torre fue arrancada de cuajo por una de las feroces tormentas que suelen asolar el Archipiélago. Su frontis, finamente ornamentado con trocitos de madera labrada cuidadosamente dispuestos en los arcos de estilo neoclásico, contrastan con la sobriedad que conserva en su interior. Restaurada en numerosas ocasiones, en uno de sus pilares muestra un fragmento de la pintura original que simula el mármol. Una curiosidad es que la nave no tiene paredes paralelas; en la entrada es posible encontrar varios centímetros más que en la pared del fondo, haciéndola ver más grande de lo que en realidad es, 45 metros de largo por 18 de ancho. En uno de los márgenes es posible hallar un San Antonio de Padua, tallado de cuerpo entero y muy conocido porque “ayuda a recuperar cosas perdidas, a sanar penas de amor o a encontrar marido”. Pero esto último parece no complacer al santo, pues, según se comenta en el pueblo, “da maridos borrachos”.

Después de una breve travesía en barcaza desde Chonchi para cruzar a la isla Lemuy, llego a la iglesia de **Ichuac**, donde un grupo de niños juega con muñecos entre los pilares. Lllaman mi atención unos originales diseños tallados con forma de estrellas que luce el portal. Con pilares de una sola pieza, tiene cinco arcos rebajados y ojivales. El frontis, recubierto de tejuelas tiene una torre de dos tambores, uno cuadrado y otro octogonal en coigüe, alerce y ciprés. En el interior, su nave sin arcos y rebajada esta sustentada por

pilares de sección cuadrada, como los exteriores del pórtico. Si bien es cierto que su estado de conservación es regular, goza, sin embargo, de una comunidad de fieles notablemente activos que están recuperando antiguas tradiciones, como, por ejemplo, los cánticos pasacalles y el disparo de salvas para determinadas celebraciones, además de ayudar con las reparaciones del templo. En la misma isla, a tan solo unos kilómetros de distancia y emplazado a orillas de la bahía, se llega a uno de los poblados más antiguos de Lemuy, **Aldachildo**, que es un puñado de casas dispuestas a lo largo de una calle que acompaña el bordemar. Al final, su iglesia solitaria, sin duda, es lo primero que divisa un navegante. Levantada a principios del siglo XIX y con estatus eclesial de capilla, posee bases de cemento en el pórtico, a diferencia de sus compañeras isleñas. Con todo, la nave se apoya en arcos de medio punto y pilares con forma de columna para descansar, como es usual, en basas de piedra. La bóveda, también de medio punto, está pintada de azul y decorada con infinidad de estrellitas amarillas.

Para terminar el recorrido por Lemuy y antes de que la barcaza me abandone, me dirijo hacia **Detif**, en el extremo sur de la isla. A este poblado se accede luego de haber maniobrado por acantilados y requerios, desde los cuales, a ambos flancos se divisan redes salmoneras que flotan en el mar y casas salpicadas en las abruptas colinas. Por su ubicación solitaria en una amplia playa, la iglesia esta expuesta a los temporales más inclementes. No por nada su nombre en mapudungún significa “ruido del viento”. Se trata de un pequeño templo recién reparado, donde se realizan servicios religiosos una vez al mes. En 1734 era un pueblo de nativos que contaba con una rústica capilla; el edificio actual fue construido a principios del siglo XIX y la explanada, clásico lugar de reunión de fieles, es hoy un reducido jardín. Regreso en la última barcaza a Chonchi, donde puedo disfrutar de la gastronomía local: un caldo de pescado bien caliente con pan de papas me reponen de la jornada por Lemuy.

Días más tarde, bajando hacia el sur por el mar interior desde la caleta de Quemchi, perdida entre caminos rurales, astilleros artesanales y manchones de bosque, aparece la que es tal vez la más aislada y de difícil acceso: la iglesia de **Colo**. Una entrada marina, con aspecto de gran lago, me saca bruscamente del paisaje chilote habitual. Justo arriba en el momento en que los lugareños se dan a la tarea de arreglar a su virgen. En perfecta comunión con las tradiciones locales, la visten con un manto de lana artesanal, el que una de las mujeres teje apresuradamente en los momentos previos a una celebración. De las iglesias patrimoniales de Chiloé, la de Colo es una de las más sencillas y pequeñas. Es en apariencia la más rústica y es esto lo que la hace, quizás, una de las más atractivas. Es una de las pocas iglesias que no está a orillas del mar, donde desde antaño provenían los jesuitas en sus misiones periódicas. Cae la lluvia sobre Chiloé y me alejo de Colo, donde una vez más he recibido el afecto de los isleños.

Al atardecer y siguiendo hacia el sur por entre los lomajes aparece la localidad de **Tenaún**. El sol se esconde al frente, en isla Linlín, iluminando oníricamente el entorno chilote. A diferencia de sus hermanas, está pintada con colores vivos divisándose a lo lejos. Pero no sólo los colores la hacen peculiar: la iglesia de Tenaún es la única con tres torres, una central, robusta de tres cuerpos y dos torres laterales pequeñas. El pórtico tiene pilares cuadrados, arcos elípticos, rebajados y ojivales. El frontón está entablado con traslapes y la nave central tiene una bóveda de medio punto, afirmada por pilares, columnas cuadradas prolijamente labradas, y encima arcos, también de medio punto. Su estructura es a base de coigüe y ciprés y afortunadamente a podido mantener sus basamentos originales, afirmados en piedra. No obstante, y según afirmaciones de los lugareños, quienes han tenido especial

afecto hacia su iglesia, el terreno donde se apoya está erosionado, lo que ocasiona mucha preocupación en la comunidad ya que están en peligro de derrumbe las bases mismas del edificio.

Diferente es el caso de la iglesia de **Dalcahue**, que se terminó de construir en 1902. Antecedentes indican que su existencia es anterior a 1854 y se mantiene en buenas condiciones gracias a sucesivas reparaciones. A pesar de ello, parte del piso, un muro lateral, el pórtico y una sección del techo requieren especial y pronta atención de los artesanos restauradores. Ella es la más grande del Archipiélago, con un portal compuesto de nueve arcos. En su cálida bóveda, en la sacristía, hay un pequeño museo, el que no puedo dejar de visitar ya que en él se conservan importantes documentos de la iglesia, un armonio de la época, imágenes y hasta textiles. Ahí, en la tranquilidad que parecieran proporcionar los añosos santos, trabajo por largo rato mientras Luis Angulo, Párroco de Dalcahue, da un sermón a sus fieles. Desde esta pequeña pero pujante ciudad, que debe su esplendor al auge maderero y ganadero del siglo pasado, abordo otro trasbordador para cruzar hacia la isla Quinchao.

A treinta minutos de haber pisado tierra firme estoy a los pies de la iglesia de **Achao**, la que según relatos, esta ensamblada únicamente con tarugos de madera nativa. Su origen se remonta a mediados del siglo XVIII y fue construida por un grupo de abnegados sacerdotes jesuitas. En contraste con su exterior rústico y sobrio, la iglesia guarda en su interior motivos pintados y tallados que se reproducen en altares, púlpitos y muros. Es la más antigua del Archipiélago resultando un orgullo para los locales, quienes con un comité de diez mujeres la restauran permanentemente. “Resulta difícil mantener esta iglesia”- señala Bernardita Oyarzún, integrante del comité de adelanto de la iglesia Santa María de Achao-- “tenemos la visita de cien personas diarias en el periodo de verano y muchos, a modo de recuerdo, rompen los altares o barandales tallados”. Bernardita me enseña los daños, ya que en numerosos detalles brota la factura nueva de las reparaciones. Afortunadamente, la pulcritud de los artesanos modernos resulta asombrosa; han respetado el tipo de madera, los pigmentos de la pintura e incluso las herramientas rústicas que usaron sus creadores.

Emplazado frente a Punta Guantao, **Villa Quinchao** se ubica a diez kilómetros al sur de Achao y a pesar ser una pequeña localidad de pescadores, su iglesia es una de las más grandes del Archipiélago. Su enorme bóveda, hecha de miles de tejuelas de alerce ya grisáceas y reseca, se puede ver a muchos kilómetros de distancia. Tanto el público como los especialistas se preguntan el por qué de una iglesia tan grande en un lugar tan pequeño y aislado. La explicación no tarda en llegar al remontarnos en la historia. Cuando el Estrecho de Magallanes era paso obligado para todos los barcos que cruzaban entre el Océano Atlántico y el Pacífico, Chiloé tuvo un gran auge económico, que habría correspondido a la fecha en que se construyó este templo. Antiguamente los devotos arribaban desde el mar con sus familias, sus provisiones y ropas para pasar la noche, y se guarnecían del mal clima en la misma iglesia. Esto explica por qué la construcción original tenía, a ambos flancos, grandes aleros. Se trataba de corredores, donde se podía pernoctar y dejar los caballos. El edificio que tenemos hoy se terminó en el año 1880 y muchas iglesias chilotas la tomaron como modelo. En Julio de 1993, un descomunal temporal puso en inminente peligro de derrumbe este monumento, constituyéndose en el hecho definitivo y una manera más eficaz de salvar esta iglesia y sus hermanas de la destrucción. Con ello se creó la Fundación de Amigos de las Iglesias de Chiloé, entidad sin fines de lucro que tiene como objetivo “la conservación, prevención y difusión del patrimonio histórico religioso chilote, sus iglesias

patrimoniales que constituyen la ‘escuela chilota’ de arquitectura religiosa, su entorno y las manifestaciones vinculadas a ellas, tales como imaginería, música, fiestas, mobiliario litúrgico”.

Por la tarde del día siguiente llego a caleta de **San Juan**, después de haber sorteado polvorientos e intrincados caminos ripiados. Sobre la iglesia, una pareja de gaviotas posadas en la cruz me da la bienvenida. El sol, escaso en estas latitudes, esta vez ilumina con ira la isla Linlín y Punta Degar, donde se dibujan redes salmoneras y pequeñas naves pesqueras que van dejando estelas nacaradas. Sin embargo, la nave de la iglesia de San Juan navega por un mar estrellado. Su cuidado interior ha tenido la atención que le ha dispensado la comunidad, y todo aparece muy bien conservado, resultando a la fecha una de las iglesias que se ha mantenido con mayor fidelidad. Al contrario de sus homólogos, no posee arcos en el frontis y los pilares que la sostienen son de una sola pieza. Todo el frontón es de madera de alerce y sus raíces se remontan a comienzos del siglo XIX.

Otra iglesia del mar interior chilote es la de isla **Caguach**, donde se realiza la festividad más concurrida de todo Chiloé, el Nazareno de Caguach, albergando a más de diez mil asistentes y durando diez días. Siguiendo la tradición, se inician las festividades el 23 de Agosto en la playa y con la gente de Caguach portando banderas y estandartes mientras una banda ameniza con pasacalles. Además, aun se celebra la regata de las cinco islas, Caguach, Apiao, Tac, Alao y Chaulinec, que recrea los intrépidos viajes de las misiones circulares. Al ver la fecha de construcción de la iglesia –1925- pareciera demasiado reciente para la gran concurrencia que atrae. La razón es que el edificio original se quemó en 1919, pero fue levantado y modificado en un lapso de 185 años antes del siniestro.

Chelín es una islita pequeña que en 1725 era una encomienda perteneciente a don Antonio Gomes Moreno y en 1888 ya tenía establecida una parroquia. El edificio actual fue construido con maderas cordilleranas extraídas de la zona de Palena, en el continente. La torre de ulmo y alerce es dueña de dos cuerpos octogonales entablados horizontalmente. El capitel, está recubierto con las clásicas tejuelas de alerce. El pórtico, sin arcos, es de forma recta y decorado. La nave central una vez más imita al mármol, con pilares y arcos que también se asemejan a esa piedra. Con ulmo de estructura, incorpora la tepa y el canelo, las robustas rocas sustentando todo ese material. El revestimiento es de tejuelas de alerce. Detrás de la iglesia, el cementerio, que tiene tumbas en forma de casitas pequeñas, techadas con tejuelas. Frente al templo, una explanada con árboles plantados, los que le otorgan las características de una plaza.

Después de algunos arrebatos climáticos que dejan caer sobre Chiloé intensas lluvias, llego, tras dos días de espera, al poblado de **Rilán**, el que en 1658 era únicamente un villorrio de gente nativa, pero ya en 1760 contaba con una iglesia. Sin embargo, la actual es de 1920. Mientras ubico los equipos, un tiuque, ave carroñera muy común en el Archipiélago, intenta entrar, sin éxito, por una de las ventanas; tal vez porque las tejuelas, levantadas por la lluvia, parecen más bien las escamas de un gigantesco pez. Su estructura naturalmente es de coigüe y ciprés, y descansa en basas de piedra. El revestimiento es de alerce, ciprés y mañío, con una torre compuesta de dos cuerpos octogonales y un capitel recubierto en tejuelas. La terminación que los misioneros franciscanos hicieron de la bóveda en la nave central, así como en las naves laterales más pequeñas, resulta ser una auténtica obra de arte de brillantes colores amarillo y calipso.

Mi viaje ha llegado a su fin, y regreso a la ciudad de Castro con la satisfacción y la tranquilidad que estas hermosas iglesias seguirán junto al mar, como frágiles pero protegidos monumentos, navegando el inexorable paso de los años.

Bibliografía:

“Iglesias de Chiloé”, Gabriel Guarda O.S.B.; “La Arquitectura en Madera de las Misiones del Paraguay, Chiquitos, Mojos y Maynas”, Mario Buschiazso ; “Las Encomiendas Indígenas en Chile”, Solar Amunategui; Guía Turística de Chile, “Turistel”; Sitio Web de UNESCO, Sitio Web “las iglesias de Chiloé”; “Chiloé, Un legado Universal”, Editorial Kactus; “Historia centenaria de la diócesis de San Carlos de Ancud”, Padre las Casas, Francisco Javier Cavada; “Carta agrícola de la Isla Grande de Chiloé”, Corfo.

Materiales estructurales, forros y tejuelas; sus nombres científicos: Ciprés (*Pilgerodendron uviferum*); Coigüe (*Nothofagus dombeyi*); Alerce (*Fitzroya cupressoides*); Tepa (*Laurelia philippiana*); Mañío (*Podocarpus nubigenus*); Ulmo (*Eucryphia cordifolia*); Canelo (*Drimys winteri*).

